

Te cambio una foto por un poema (2023)

Gerardo Buendía

A Lucía Narvarte

A Mar Olguin

1.

Te cambio una foto por un poema (ft. Mar Olguin)

Veo en el estante de madera una foto de la lluvia,
me recuerda a cuando quisimos plantar sobre el aire
un árbol de tungsteno.

Ayer soñé con eso.

Largas, silenciosas, secretas siluetas del mar
como frases dibujadas en un álbum.

Escribí tu nombre.

Ahora miro las caricias.

Se balancean encima de una masa *negra*
como si me nombraran al despedirse de mi aroma.

Soy rey de un castillo de arena, me dijeron.

Los peces se han ido.

En su lugar habrá monumentos de mármol
decorados con diamantina.

Parece que lloverá.

Padezco la claridad del encuentro:
por un lado tu voz dentro del caracol,
por otro mi agonía que se desdobra
mientras habito un espejo
dentro de un laberinto
que tiene tu figura.

Se derrite el camposanto.

Dime, ¿a dónde van los relámpagos cuando mueren?

Hay luciérnagas en el cuarto.

Creo que están construyendo un jardín de tulipanes
sobre mi cuerpo estoico. Leí que es un ritual
para envenenar mi sombra

y llevársela a un lugar distinto.

No recuerdo si apareciste.

Pero, hay ya un *rayón* en mi diario.

Hay sangre en mi pierna izquierda, me dijeron.

Es parte del rito.

Ellos dicen que es la cicatriz de un pétalo quebrado.

La huella del reloj y sus arrugas

contorneando el paisaje.

Tal vez es un poema simplemente

deletreado en cámara lenta

en un idioma que no comprendo todavía.

De todos modos a nadie le importa.

Pero, no lo digas o me harás llorar.

2.

Terminal

¿Dónde estoy?

Ni yo me recuerdo.

Ella dice que soy la nube,

el chubasco,

la frágil orquídea recibiendo el sol.

Los demás aclaman la pantalla.

Pierdo el norte.

Pierdo el camino.

Se abrazan ellos a la distancia.

Sin embargo, ella se ha ido.

Aún no sé a dónde.

Quizás soy yo...

Hace tiempo...

Otra vida...

Otro contexto...

Otra salida...

Isla de concreto, ronco sonido.

Es ahí donde me recuesto, donde vivo.

Esta es la noche:

el llanto encendido como antorcha.

Tintineo, luces, paliativos.

Píldoras haciendo surcos en el aire.

Como sombras raras que se expanden.

Se contraen mis fantasmas.

Todo es recuerdo,

y habitando esa memoria me intoxico,

hablo de mi.

Soy sólo el viento, la marea.

Huyo entre la multitud para no verte.

El amor como estandarte. Lo quise tanto.

Futura nostalgia.

Decadencia.

Presiento que lo enterrarán.

Eso somos: cara y cruz,
destino, corazonada, el agua cayendo del cobertizo.

Risa sin suerte.

Almas varadas
esperando la espera.

Ya no hay lágrimas en la mirada
ni discursos.

En esta terminal espesa
sólo turistas
con sus cámaras de bolsillo
fotografiando escenas cotidianas.

Soy su amuleto.

Ella se ha ido.

Nunca supe cuándo.

Pero, pudo ser peor.

3.

Isla de aire

Vida, isla de aire,
vasija de barro,
eres apenas el vaivén que camufla las horas
con un tacto lisonjero antes de que todo acabe.
Vida, vagancia, viaje, descanso, descenso, oración sin sentido.
En ti aparece el amor,
la mañana,
la duda,
el beso,
la calma,
la utopía desnuda
en partes desiguales
para mantenernos cómodos.

Isla de aire, me nombras, me incomodas, te enciendes con el fuego de mis ojos.
Aún en lo oscuro, donde no puedo verte, te apareces de pronto
consumes mi inocencia, te llevas mi piel.

Vida, te desgastas, te alimentas de la paz de las calles.
Se erosiona tu voz cuando suena una caída,
convulsiona tu espíritu al oír el derrumbe.
En tu cuerpo habitan las palabras ciegas,
las ideas arrinconadas,
las historias secretas:
esas voraces sombras
en cuya espesa niebla las personas se miran
para poder reconocerse.

Vida, isla de tiempo,
proyección de lo abstracto, apenas un parpadeo,
eres acaso el vaivén que camufla los rostros.
Eres caos,
eres orden. Todo al mismo tiempo.
Eres el doblez de un papel antiguo

donde escribimos nuestros temores
como esperando que se extingan;
eres la ola que moja la arena,
la lluvia que impacta en el suelo a lo lejos,
la silueta de una sirena,
la masa desgastada de una capilla.
Eres el lápiz de mi mano,
el lienzo en mi vista plana,
el sueño con el que despierto a diario,
la ruptura, la tormenta, el desenlace
que me espera.

Vida, perturbas, caminas,
te despliegas, te petrificas,
en mis días nublados luego te manifiestas
como no queriendo.

(En lo oscuro, donde no puedo verte, apareces de pronto
Pero, cuando creo que te toco, rápido te esfumas).

4.

No sé qué es una burrata (ft. Ana Paola González)

Sobre el glamour ansioso de la tarde
aparece la memoria derretida.
A lo lejos alguien llora
sin otear siquiera sus desvelos.

Ella sonrió sin querer.
Las viejas presencias, sin embargo, giran,
han roto el pétreo oleaje de la aurora
con su lento baile.
Alguien canta.
Sigue ella caminando, atravesando abismos tristes,
tal vez suyos,
quizá de nadie.

Pensamos en el destino, en el accidente,
como collage del tiempo
sobre arena dentro de un vaso de vidrio.
Nunca supimos que escuchamos, pues,
dentro nuestro.
Cambiamos de tema.
Y las voces raras a la distancia se levantan,
hacen surcos
sobre el organismo;
música de fondo, allá
nuestros recuerdos,
y el reloj que se pasea
alrededor de la idea de poder estar de pie
aunque nos pueda el cansancio.

Nos traspasa el aire, el fuego;
hay en la mesa una *burrata*:
platillo de quimeras
adornado de falsos objetos de porcelana rota.

Fue el entreabrir de ojos, el espacio.
Sólo pasó. El eco. Ríen afuera.
Ella pensó en el universo.
Viaja a algún lugar al escucharse.
La *taza* encima del periódico:
la misma noticia, el mismo agobio.
Ambos dibujan sobre el *rosal*
su sueño de cristal:
la mañana como escenario
donde se desdobra
el amor y la ausencia.
Aparece en el atisbo un paisaje al óleo.
Se esfuma
al dibujarlo
en el jardín.

5.

Ella recuerda risas rotas

Paseo sobre una ciudad nocturna,
escucho unas voces
(dicen mi nombre).
Las calles me hablan en clave,
me piden que grite
(que busque un escape).

Quería encontrarme con alguien en el viaje.
No sé si lo pensé o lo dije.

No obstante, a unas cuadras habló un fantasma,
recuerdo su aroma:
mezcla de cerveza con perfume de libro nuevo.
Me ofreció un punto, claro, en su bolsa
de celofán percutido.
Yo le dije que no aceptaría.

Por supuesto, me habló de la vida,
se sentó en la esquina, bajo un paraguas de acero,
fingió ser mi amigo por un momento, entre risas
y dijo sin pestañear:
«no pasa nada, esta es tu casa».
No recuerdo si respondí a su llamado.
Recuerdo que tomé una foto del cielo.

Llegué a casa al amanecer, cansado,
después de golpear la oscuridad con mi duelo,
pues recordé la escultura de un beso
cuando vi una sombra frente a mi puerta.

Me preparé un trago: agua del grifo,
de botana, aire caliente.

Al abrir la computadora encontré un mensaje:

«ya no más, esto es todo».

Y luego, me fui a dormir en el suelo.

En mi sueño apareció una imagen.

Era un oso polar usando salvavidas
sobre el sofá de la abuela.

6.

Este relato recibe regalías

*El régimen redacta recompensas
en recicladas radiografías roídas.
Elevándose, rastrea, rompe, retrocede.
Entre rosales, rápido reproduce
el resbaladizo ruido raro:
Efervescente. Recíproco. Revelador. Relajante.
Eterno. Repleto. Reflexivo. Revestido.
Está re-pensando. Ríe. Recopila.
Escritos raros. Re-acomodándose, rezonga.
Esferas, reptiles, relámpagos, relieves;
entonces, recordamos reuniones reñidas.
Es real. Rebranding remasterizado.
Escuela, religión, robusto reguero.
Elude restableciendo riddle-readings
easiest-raw-rabbit-racings.
English-rewards. Refill. Rushing.
Ensimismada, reverbera, reclama, resta.
Estrechándose, remueve revoluciones rotundas
encendiendo reticentes represalias recónditas.
Entretanto, registra rescatistas ricos.
Es reprochable. Riqueza robada.
El ruiseñor regresa, reportan.
En referencia: risografía rancia.
El repartidor resopla, resignado.
Escucha: repentinos remolinos roncós:
estridentes respiros, rugidos, relaciones,
encharcadas roturas, ritos rebeldes;
en réplica, reaccionan, recomponen
el ruin ritmo recto.
Eventualmente, recibe rentables regalías.
Estalla, repica, reordena rostros.
Envejecidos rincones racionan revelaciones,
embisten realidades realmente reales,*

*escondiendo retraídos retratos retrógrados
en rayados reflectores redundantes.
Espíritu. Remuneración. Recaudación. Resultan.
Entonces recapitulemos, reconstruyamos, repite.
Echemos ratas radicales, resuena.
En resumen, regalamos ruegos:
elogiosas reiteraciones relativizando rutinas,
en racha, raptando rankings.
El revés revocado: reyerta.
Están rodeadas, repugnantes rarezas.
Ellos regatean. Renguean renuientemente.
En renta: roof-garden reparado.
Easy-remote-royal-rollover.*

El rinoceronte rema renovado.
El repulsivo rumor responde:
«Esta ruina requiere relatos».
Empiezan rituales, recomienzan restricciones.
Encima, románticos robots racistas
editan revistas ridiculizando recorridos.
El rey revolotea ratificandose.
Entretanto, retumban regiones relegadas;
enmohecidas, rocosas, resisten robando.
Efímera, radioactiva, rigurosa, rehuida.
Él reimprime memoranzas risibles
en radiantes robles retráctiles.
En recomendación, reprime raíces.
Es reiterativo. Reedita regresiones.
Empleados. Retuercen. Relaciones. Repudian.
Esquivo-ropaje. Repercusión-raza.
Escudriña remotas representaciones repentinas;
el roto rompecabezas revuelto,
enfurece, regurgita, ramifica, rezonga.
Esta razón revivió recientemente.
Escribe: «respeta reglas rábulas».
Ella recuerda risas rotas.
El reloj revela reencarnaciones,

encauza reducidas rafagas ripiosas.

Ejemplificando: regadera, rehén, rabia;

exclama: «renuncia, regresa, remata».

Exterminio. Reposo. Rivalidad. Remedio.

Esta rareza rociará reencuentros

entre raudas requisas raquífticas.

Es reformador resquebrajar recursos.

Él rebate: remedaron remanentes.

Ellos reaccionan, re-niegan rotundamente.

En reposición, re-quemarán reinos.

7.

Sin título

Te cambio una foto por un poema.
En realidad, la foto es lo de menos.
Si lo pienso bien, quizá el poema ni lo escriba.
Quizá sólo busque un pretexto para hablarte.
Ciertamente, buscaré en mi recuerdo un instante,
un par de fragmentos taciturnos;
se balancearon debajo nuestro
como develando un fuego extinto.
Te dedicaré entonces la fragilidad de mis horas.
Las vaciaré en un texto, una imagen.
Quizá luego vea en tus ojos el quebranto,
y entenderé por fin porque lloras
al fotografiar la foto de un paisaje.

9.

Ya me cansé de escribir poemas

Ya me cansé de escribir poemas.

Mañana despierto temprano.

Ayer me desvelé sonriéndole
a una botella de plástico
con la imagen de un maguey.

No recuerdo si les conté a ellos
que pienso publicar un libro.

Seguramente sólo les dije que estaba triste
y seguramente asintieron
diciendo: «¡Felicidades!».

Ya me cansé de escribir poemas, les dije.
Mañana llego tarde a casa.

Soñé el otro día que me quedaba aquí
con las mismas cosas.

Nadie me paga por escribir, he dicho.
Pero, sigo escribiendo.
Alguien me dijo que esto es terapéutico.
Pero, yo la verdad, no lo creo.
Yo creo que más bien escribo por gusto,
o porque me da la gana.
Porque hace más diez años que escribo
y sigo con los mismos traumas
en la espalda.
Es más, son más grandes.
O se van juntando
en las mismas frases.

10.

Sin título (Amor)

Soñé contigo.

Te daba mi número

en clave Morse

11.

Sin título (Quebranto)

Por algún rincón de la casa
corren nuestros niños.
Como si fueran a estar ahí
cuando despierte.

12.

Lucía Narvarte (ft. Anaid López)

Todavía no sé qué tienes, *corazón*,
si es tu voz o si es tu tacto.

Quizás tu pasado, tu *secreto*.

Todavía no sé si estoy despierto
o estoy viajando, por ejemplo,
entretanto admiro tu sonrisa.

Mato y muero.

Soy de polvo.

Pasan los días, la lentitud nos absorbe.

Son tus ojos el refugio, el reto, la noche.

Somos la *piedra* que se resiste al viento,
moldeándose.

Más bien, envejecemos.

Eres tiempo.

(Así es nuestro amor inocente).

Dejamos de serlo.

(O eso creo).

Colisión de recuerdos, eso somos,
con sus vaivenes de dolor,
sus cárceles,
sus efímeras palabras contenidas,
todas las premoniciones
de la vida pasada.

Baile de dos ciudades;

periferias.

Emergen

en la charla,

donde termina el fuego

y comienza de nuevo la *lluvia* intensa.

Como despidiéndose.

13.

Ellos hablan de Luis Barragán frente al espejo

Vestidos todos de negro
comenzaron a hablar
de paredes y sombras,
hasta que apareció su imagen
y dijo algo.

14.

Me despido

Me rindo, corazón; te hago libre.

Libre y querida, quizás efímera.

[Indivisible].

Eres [luz, ausencia, idea],

te sumerges

 en ti misma;

bailan las sombras [de la tormenta].

Mientras tanto, oscuro el claustro de tus ocasos [dentro de mi].

[Inevitable].

[Arde] la llama líquida de la memoria.

Se ahoga el paisaje.

Esta ciudad de caminos [frágiles]

dónde, sin querer, un día fuimos [la luna y el sol].

Tanto más [se desvanecen].

Pensé que sería real [la promesa].

Pensé que sería cierto [el sueño].

¿A dónde fueron a dar nuestros ecos, nuestras voces?

Extraño el calor de tus vacíos, [quebradas cuencas].

Como laberintos que abrazan el caos desde la ausencia.

Ubicuo cariño.

Tierno oleaje.

Se resiste.

Me resisto.

Suena la alarma [entre el incendio],

pero ya es muy tarde para decirnos algo.

[Es hora de irse].

(Y ya es de noche en este viejo pasaje.

Se oxidan las hojas.

Sólo escucho los ruidos de mi cabeza:

[tropel de imágenes automáticas]

sobre ruinas pintadas

donde las fotos sueñan

con deshacerse).

Pero, era feliz, sé que lo sabes.

Sobre las nubes compuse una nota.

Es el final.

Me rindo, corazón. [Me despido].

Te hago libre [para que puedas volar] sin decir adiós.

15.

Quiso salir

Quiso salir,

pero cuando se dio cuenta

que ya estaba afuera

no supo explicar

lo que llevaba dentro.

16.

Si, corazón

Si, corazón, renuncio a quererte.

No porque no quiera quedarme.

Más bien porque quisiera permanecer otro poco, pero sin decir algo realmente.

Porque ahora no puedo

y siento que nos hará falta tiempo

para reconocer nuestro daño

luego de otro intento fallido.

17.

Sin título (La rutina nos carcome)

Quiero ir a la playa, claro, contigo.

Ahogarnos.

Pero, ¿cuándo?

Tan sólo confundirme con la arena, dejar
que el mar me corrompa apenas me toque.

Eso quiero:

acariciar el tiempo entre promesas,
zuncir el sueño de pausarse.

Quiero compartir contigo todo eso.

Como si no tuviera que ir a trabajar (mañana) [otra vez].

18.

Ojalá pueda reconocer esta casa cuando despierte mañana

Si pudieras saber cuántas cartas escribí para ti y no te di.

Quizá así hubiera cambiado este drama.

*No tengo la menor duda, pues: que sabrías bien cuánto me costó decidir
dejar esta casa.*

Me fui poco a poco mientras te abrazaba, confieso, llorando,
esperando sospecharas tan sólo

que una frase tuya curaría la amargura;

no pudiste notarlo, eso claro, lo sé y lo sabes,

tengo esa certeza:

explotó el paraíso y no quise ir a buscarte

entre la multitud

para contarte los daños.

19.

Relámpagos nocturnos (ft. Luis Vences)

Campana solitaria de alma dulzona y leve
pelea contra el olvido
mientras escribe sus poemas.
Sus palabras son girasoles emergiendo
en plena guerra,
son trincheras de una pena más grande que la muerte.

(Pueblos encendidos con la luz de una semilla,
hablan con el mundo a través de una mirilla
de tiza y de madera.

Sortija del secreto, puñado de aventuras.

Son puente los latidos toda vez que son sombra de lo espeso).

Viento romántico de voz llameante y fuerte
deambula entre cristales y desiertos
mientras hace surcos a la vida
y llama al amor con una lágrima de invierno.

Lágrima que atraviesa continentes.

Son cobijo de un deseo, de un encanto, de un encuentro.

(Voces distantes, reviven el ritmo
de la calma,
los cantos entretanto ocultan la oscuridad de lo imprevisto.
Sangre derramada usada como tinta y como página.
Lugar dónde la lluvia se anida
junto con los párpados del tiempo
y los relámpagos nocturnos).

20.

Collage

Miradas que se miran a lo lejos.

Madrugadas que despiertan lo vedado.

Lagunas, ríos, marcos de un tiempo, de un sonido,
aparecen como configuraciones de lo caro.

Miradas que se reconocen en el brillo.

Recortes que alguien hizo con el polvo.

Atisbos, sonetos, abrazos cobijando las historias momentáneas.

Amores, pesadillas, liviandad sugiriendo lo malvado.

Miradas que miran al turista, al individuo.

Gatos sentándose en el pórtico queriendo irse.

Refugio de una verdad cuyo paisaje desciende por los párpados.

Textos que ven el cielo, las flores, las mañanas, sin mirarse.

Miradas que me miran al mirarlas.

Miradas que ven lo que no veo.

Cicatrices, fibras, papeles siendo teatros pasajeros.

Íntimas lecciones en la luz como lenguajes.

Miradas que se miran en lo raro.

Juguetes coloridos que juegan con las manos.

Galaxias, poblados, besos y gritos ocultando un roto llanto.

Aparecen ahora como instantes fantasmales.

Pasan como si fueran a repetirse.

21.

H1234

Dicen que nadie muere por empezar de cero.

Pero nadie dice que empezar de cero es matar tu historial.

22.

No hay oscuridad

No hay oscuridad cuanto más dulce es el canto.

La aurora se viste de tormenta por las fechas venideras.

La noche se ahoga por el llanto

de la luz

y viene la sequía.

Ella recuerda el camposanto

dónde murió el maíz

de su primer amor.

23.

Sin título (Veo la calle a lo lejos)

Me gustaría saber el color del amor en primavera,
el sonido del alma cuando el cuerpo muere,
quizá, saber si las flores bailan en el otoño
tal vez, escribirte cartas si mi corazón decae.

Me gustaría saber sí el sentimiento que aclamo es mentiroso,
saber, si tu corazón callado, tan grande, es caprichoso.
Saber si la tarde me sigue como yo a tus pasos.
Vuelo a un paraíso siempre piadoso,
pero más allá de mí.

25.

Sin título (Fui a buscarte)

Fui a buscarte
pero sólo encontré
el mismo lugar.

26.

Sin título (Turquía) (ft. María Segundo)

Te imaginé de pronto junto al mar nocturno,
con los pies descalzos acariciando las olas.
No hay nadie alrededor, más que el tiempo
que te pronuncia.
Aunque escuchas el ruido del caos a tu espalda,
persiguiéndote.

*Te imaginé de pronto escondiéndote a oscuras
bajo la fragilidad de la rutina
a la que a veces le lloras.
Casi como si soñaras con huir unas horas
para recostarte, para imaginarte, para habitar
el laberinto que construiste
cuando quisieron quebrarte.*

(Te imaginé de pronto, lejana, sonriente,
echando raíces durante el naufragio.
Se ahoga el camposanto.
Se hunden las voces.
Crece un cerezo
alrededor de la piel,
su sombra tiene forma de tulipán).

27.

Sin título (Boceto para canción de amor)

El silencio entona una de sus canciones tristes.

Más triste al no estar ella para escucharme.

Mi amor se viste de lágrimas,

es la rutina.

Se desdibuja la noche

esperando

algo distinto.

Me pregunto:

¿porqué me ha dejado?

Se fue sin despedirse.

Todavía,

todavía

mi voz busca sus ojos

entre la tormenta,

mis versos susurran su alma;

bajo la luz cegadora

busco

una verdad que no existe,

pero que comparto con ella.

¿Qué puedo hacer?

¿Cómo no llorar?

Después de todo se fue, ya no está.

Se llevó el sol con su brisa suave.

Ha caído el paisaje

sobre el tiempo.

Y sigo enterrado en este mausoleo

hablando con una voz

que ya no está.

Pero, ¿soy yo, o es ella?

¿O el amor que ha dejado su partida?

Se pronuncia el reloj en torno a la ausencia.

Allá va mi vida.

Me pregunto:

¿por qué no más?

¿Qué ha pasado?

¿Es la luna la que me reza su nombre?

¿Es mi corazón que deletrea su distancia?

La amé, es cierto,
la amé demasiado.

Pero, hoy por hoy, no puedo entregarme.

Estoy apagado.

Desapareceré mañana
cansado de seguir.

Este pincel se tiñe de negro,
borrando con ello las marcas.

Me aferro al recuerdo.

¿Cómo no escribirle al viento?

¿Cómo no leer y releer sus cartas?

Si al final, revive ella con estas letras.

Se anuncia la lluvia
en mi interior.

28.

Mi amor

Mi amor. Ja. Te escribí poemas
que no sabías que no eran para ti.
Sé que los declamaban a tus amigos en las fiestas,
pero en realidad sólo eran palabras al azar
agrupadas en un folder.
Como una sopa de letras
sobre el escritorio de un telefonista.

*Pero, ¿qué sentido tiene esto que digo?
Si soy un mentiroso. Ni yo mismo sé lo que pienso.
Ayer me miré al espejo y vi más bien un cuerpo roto
sobre el lavamanos de la oficina.*

29.

Désolé

Desposeída de su origen, se desplaza.

Y en sus manos vive un mausoleo.

Aún ve él por el espejo un paisaje
lleno de aristas, de semblantes,
donde a veces suceden lentos fuegos.

Ella, sin embargo, sólo mira su reflejo,
alejada, lenta, absorta.

Como el árbol.

Como el bosque.

Agua que viaja subterránea.

Alimento de vidas pasadas, cual chubasco, instalándose en sus párpados inciertos.

Ola de aire, entretanto.

Cae la noche.

Desaparecen los cielos.

Y se visten de pronto en la playa las memorias;
pretender no naufragar desnudas, expuestas,
o morir con frío bajo la arena densa.

No encuentra ella en su piel las palabras exactas todavía,
pero se traduce.

Como corre caminos se descubre, sin embargo,
presa en su cárcel de plástico,
estoica,
esperando a que el futuro borre sus tinieblas, sus listones,
todos esos amores
ahora forrados de tristeza
y de premoniciones.

Murió el líquido espacio,

la meta,

ese lugar dónde ella se despierta.

(Y sigue guardando en el corazón su sonrisa, su equipaje:
tierno encuentro,

mucho coraje,
muchas lágrimas que aún no pueden dibujarse;
otras sombras convulsas que le aterran
y que, no obstante, constituyen su lenguaje,
su casi inhabitada figura,
transparente,
en cuyos pliegues se anidan besos y traiciones,
corolarios,
danzas pasajeras,
rotos relojes.
Suenan esas voces acaso.
Y accidentalmente emerge de la amnesia el hielo que ella usa como corona).

Y sin querer ve él por el espejo su mirada, temerosa,
soñadora,
no obstante, algo ausente.

Luego se pasean, pueblan la alta marea.
Caminan lentamente.
Y por fin se hunden en el paisaje.
Sus manos, hace ya rato, no se tocan.
No hay gritos de auxilio ni de gozo.
Nadie los vio salir del puerto.
Nadie sabe que vacacionan en el escorzo.
Curiosamente, aún se escriben...
De repente, claro, con señales.
Hablan igual que la lluvia abrazando una otoñal hoja en diciembre.
Aún no envían el mensaje,
pero ya lloran en solitario.
Como siempre.

30.

Trenzas

Como un silbido a la mitad de la noche,
atrapado entre tanta prisa.

Lo confundieron con una bala de salva,
pero en realidad era un grito
cruzando la ciudad
disfrazado de camello.

31.

Magullar (ft. Ana Paola González)

Cuando vuelvo a verte
se me fosiliza el alma.
Y sólo me gustaría atreverme,
pero, corazón,
cuando te miro a los ojos
ya no existo.
La única verdad es que
se interrumpe mi silencio,
cariño,
cuando esparces tus poemas
entre los infiernos
donde suelo tomar aire.
Será esta necedad mía, querida,
de atrapar tus heridas
para hacer con ellas un jardín.
Pero, entonces, apareces,
entre el paisaje
para *magullar* el abandono.
Tiene que ser así.
Las aves me han dicho que me quede.
Yo contigo y tu conmigo,
como cuando la lágrima acaricia
la voluntad del sol.
Que alguien nos explique
porque todavía tenemos atado el cuerpo
al ruido.
Porque,
amor,
sé que te hiere el reloj
con sus excusas.
En mi *cantimplora* tengo
las canciones que guardaste.
Bebo para alcanzarte.

Aunque, en ocasiones vas más lejos.
Muero por escribirte
en la piel
tus laberintos.
Convertidos en mar,
resistiendo.
Alguien me dijo, sin embargo,
que dibujas *pitahayas* sobre las nubes.
Y que eres feliz
viendo la lluvia
desde tu portal.

32.

Zamora

Allá al fondo

los dos se acercan.

Nadie es capaz de pronunciar sus nombres.

Le tienen miedo a su propio eco.

33.

Extraño cuando caminábamos de la mano

Extraño cuando caminábamos de la mano

y me decías que me querías como se quiere una luz derramada;

entonces me preguntabas si era más feliz que un árbol sobre un estanque de miel

Y yo no sabía si decir que si.

34.

Ayer soñé contigo (ft. Carolina Navarrete)

Extraño la costumbre de desenterrar poemas
de entre sombras sonámbulas
para compartir contigo la noche.

Extraño enviarte cartas, desmenuzar el ruido,
componer cuentos de hadas y habitarlos
como desacralizando la idea de seguir aquí.

Extraño abrazarte desde lejos, preguntarte por tu día.
Extraño pasear por la ciudad, entre la gente, sobre utopías,
y recordar los lugares donde por primera vez soñamos
con volver a ser nosotros.

Extraño hallar en tus palabras la cura para un corazón roto,
pedirte consejo, cantarte con la vista, disfrazarme de futuro
un ratito, sólo un rato,
intentando imaginar bajo una intensa lluvia
nuestra casa de tezontle
y su jardín con esculturas de barro,
y nuestros niños corriendo.

Extraño *hacer* paisajes con tu llanto, huir en el aire,
compaginar historias de ceniza, romper las horas convulsas
sobre las cuales se levanta la agonía
como un *estado* intermitente;
y reír a carcajadas, y temblar al escapar del tiempo
y sus ficciones.

Extraño soñar en voz alta, enamorarme de tus gestos
y de la profundidad de simplemente fluir sobre el vacío,
extraño caminar sobre luciérnagas
y dedicarte mis dudas, y leer tus labios.
Como un ritual. Como un baile para redimir lo mundano.

Extraño querer como un acto místico, confieso.
Extraño encontrarte en mis desvelos.

Extraño prometer partir y quedarme quieto.

Extraño seguir sin tener que explicar a donde voy.

35.

Ok, ya

En el camino de vuelta
te encontraré.

Irás de la mano de otro fantasma
y yo llevaré flores de cempasúchil
sobre los hombros,
como avisando mi camino.

36.

A las 12, ¿ok? (ft. Ana Paola González)

Pensé que estaba hecho a mano.

La cosa esa donde comes.

Tú guíame.

No sé dónde estamos.

Sólo pensamos en paredes,
nunca en el piso, ¿te das cuenta?

Quedaría bien este cuadro
para nuestra casa de playa.

¿Por qué todo lo queremos poner en la sala?
Así hablarían de algo las visitas.
Aunque, hay que guardar espacio
al fondo
para los dibujos
de amor qué haremos juntos.

Esto podría ser una cita.
No sabía que hablábamos tanto.

Me gusta el drama,
tu sonrisa.
Ahí te veo.
Pero, ya no podemos comprar más.
Sólo quiero llegar a dormir.
Es extraño
porque de ahí no sé llegar.

37.

Este país

En este país rozagante, vil es aquel que es poeta
quien nació artista, antes de ser siquiera un personaje.
Vil es la estirpe, de este país tenso y agobiante
dónde se ocultan los pintores, los payasos, los desaires
entre levedad.

(Terrible es escribir
sobre pétalos u hojas,
o encima de las comisuras del viento
esperando respirar otro poco.
Terrible es callar y decir
que aquel que escribe
más bien está loco;
por querer encontrar
la verdad
en su piel).

En este brillante país, vil es aquel que es cobijo
aquel que habita lo frágil, lo liviano, lo arcano,
quien hace el retrato, abstracto y reacio, de un día,
ahuyentando las rarezas que alguna vez nos profanaron
con su rapidez.

(Terrible es hablar,
cavilar sobre el orgullo
de naciones o nociones,
apenas de desgana,
de angustia y tempestad.
Terrible es mirar,
cavilar, melancólico,
en como los otros ojos
ya miran con normalidad).

En este país rozagante, vil es aquel que es profeta,
quien hace de constructor y promotor de utopías.

Vil es, en este país tan extraño, el árbol solitario
quien, en algún lado, en alguna parte, nos otorga su aliento
para cubrirnos del sol.

En este país tan hosco, vil es aquel que ilumina,
configurando el cambio con una bandera de acero.
Vil es el mundo de este país rozagante y etéreo,
que castiga al enamorado, al obrero y al viejo
con prohibirles soñar.

(Terrible es este territorio
cóncavo, nervioso,
que se mira al espejo
sin reconocerse).

En este frío país, vil es la gente que piensa en voz alta,
quien usa líneas de lápiz que son agua, fuego, beso y ensayo.
Vil es quien produce ideas, aquí, al exponer sus carencias,
quien pretende tocar el alma abatida
de la soledad colectiva
[con su quebranto].

(Terrible es andar
por la metrópoli blanca,
con una sonrisa
o una nueva camisa
con un nuevo estampado.
Terrible es escribir
en el aire, en la pausa,
en el vacío que hay
tras un fuerte saludo).

En este rozagante país, vil es aquel que duda del todo,
quien nació para reformular, reordenar las preguntas.
Vil es, allá, quien habla de los vastos colores del cielo.
Vil es, aquí, quien retrata lo malo por sus ínfimos tonos.

En este polarizado país, vil es quien envía ya una carta
y así de pronto, poco a poco, se olvida del miedo.
Vil es quien da asilo, sin siquiera pensarlo, a un soso recuerdo,

a un muerto, al propio reflejo, a su rostro en el otro
mientras llora.

En este país, vil es la persona que trabaja por horas;
audaz el titiritero que paga con tierra, piedras y moscas
a sus esclavos, cuyas manos han empeñado
para vivir otro rato.

Es en este país silencioso, es vil el que habla, quien se levanta
para descubrir
la oscuridad.

(Terrible es
con las propias palmas
atisbar lo real.

Terrible es cohabitar
lo imaginario,
dentro de casas pequeñas.

Sueñan lo mismo todas las noches).

En este país rozagante, vil es aquel que es poeta,
quien advierte a lo lejos un llameante horizonte,
quien siente la lluvia ya sólo caer en pequeñas pantallas
y teme, triste, que llegue a decir que padece de un síndrome
y sirva sólo para entretenerse
frente a desconocidos
dentro de un bar.

38.

Esta rareza rocía reencuentros

Todo es invisible

y al mismo tiempo tan sólido,
tan etéreo.

[Así es el arte, creo].

Los papeles dónde escribimos son leves,
por ejemplo,

son tan frágiles e inciertos,
como no son las palabras aún no escritas
que flotan

dormidas

en la pausa y el instante

de cuando sucede un reencuentro

en la comisura rota

de un sueño simple.

Todo es espacio

y es memoria.

Todo es viento, luz,

bahía,

pero es también tristeza.

Melancolía por nuestra tierra,

como amor por la angustia

que llega

cuando abrazamos nuestras dudas

con un silencio suave,

que sólo desploma nuestro fuego

al recordar el horizonte

y las lágrimas que nos guardamos

por querer reír en la tiniebla.

Todo es sangre y es sustancia.

Todo es ardor y es movimiento.

Insiste, oculta, esa imagen densa.

Porque así es esta rareza

que rocía muchos reencuentros
de almas que no se conocen,
pero que comparten
el miedo al mañana
y esa perpetuidad subterránea
entre cuyo oleaje alguien se despierta.

39.

Ciudad de recuerdos de cuando quisimos domesticar la lluvia

En los vagones del metro viajan los sueños,
apesadumbradas visiones de la tierra
con sus viejos itinerarios.

Líquidas nubes
que vuelan,
se desdoblan,
y caminan atrapadas en su propia memoria;
cierran los ojos, piensan, se miran;
accidente tras accidente;
multitud sombría sintiéndose sola:
soledad ubicua
acompañada de sonrisas vagabundas
que nadie comparte.

Tantos llantos y amores contenidos,
enclaustrados por la rutina,
por la embriaguez del asfalto.

Ansiedad como oxígeno.
Los pájaros tropiezan, pero hace rato que se alejan.
Y sigue lloviendo (dentro de mi).

40.

Casa y manto

Aquel hombre camina entretanto,
sin querer, o queriendo, pero canta a los mares.
Va construyendo una frontera, se expande,
hasta llegar a unas voces
dibujando en el paisaje
sus contornos.
Frente a los lagos
pasea su nostalgia. Recuerda su juventud.
Horizonte.
Bagaje. Llega el sollozo.
Se hunden los arrebatos,
y emergen los encuentros
de dos sosos recuerdos:
vaivenes que alguna vez fueron deseos
confinados en un lienzo de pana.
Casi accidente.
Reencarnaciones. Reflejo.
Aquel hombre se deshoja, aunque comparte
a los cuatro vientos
la fina infinitud de todos sus instantes,
todas sus ausencias
almacenadas
en una vieja revista.

41.

Sin título (Flor de invierno)

Flor de invierno
dialogando con la lluvia
arde sin llamas
entre pequeñas nubes
y pestañas leves.

Ojos inocentes
de voz liviana, tierna;
furor incansable y persistente,
oro en el viento,
soneto interminable...
tierra roja que resiste
los embistes de la noche,
la tristeza enclaustrada entre los muros.

Cristalizado vértigo
de enamoradizo arreglo
que se arremolina con los cantos
quemando antorchas,
plantando en el aire
un horizonte
lleno de espinas
y fieles sombras
que son plateados marcos.

Agua de río.
Vista del cielo.
Fuego invisible y solitario
cuyo brillo hiere
pero también retrata.
Panorama efímero y eterno,
de sonrisa evocadora,
que negocia con el tiempo.

42.

Sin título (Navidad)

Sólo espero que esta noche
no llegue la madre a mitad de la cena
para decirnos que su hijo murió.

43.

Chucho

Y es que es difícil contener la mirada,
la andadura.

Todo es frágil.

Frágil el llanto,
el encuentro.

Frágil la idea en torno a la presencia,
la vida como un crisol donde las personas recuerdan.

Y es que nos aferramos tanto al habla como a la despedida.

Y nunca hubo fotografías para comprobar lo cierto en esta luz llena de espinas
(y fantasmas).

Y hablando de hablar, la verdad, no he podido.

Ni con formas ni hacia adentro.

Fui a tu velorio el otro día...

Homenaje al artista, al amigo, al hijo.

Sólo pude llevar flores:

silencio apenas compartido.

Perdóname.

Creo que llueven paisajes adentro;

cae en los lienzos esa sangre;

y en el horizonte, finalmente, sólo queda la memoria de un lazo roto,
más bien como un gesto

[de que alguna vez compartimos un cachito de tiempo].

Todavía rememoro tu contemplativo interés en el solitario paisaje.

Ahora que lo pienso, siempre fuiste fiel a tu lenguaje.

Serás para siempre, amigo mío.

Espero que tengas un buen viaje.

44.

Trece segundos sobre Nueva York

[Segundo 1]

De nada sirve tu grito, artista vacuo,

ni tu estruendoso arte abigarrado, casi crudo.

La ciudad te ha adoptado como la noche al eco

(estremecedora estirpe, no cabe en un poema largo)

espesa sombra, sobre el estante habla. Aún no define su relato, todavía se mira en el espejo.

Mañana se subastará.

Dinero como acto mágico. Es la vanguardia:

creatividad a cambio de niños muertos.

La adrenalina en torno del bullicio;

llora alguien, conmoción antepuesta, casi puede tocarse el elixir de los inmortales.

A veces cansa el elogio.

Pero, oye, ese es el precio de vivir en la mirada

de quien anhela acariciar la lumbre;

éxito seguro, por supuesto, un nuevo departamento, un nuevo coche.

Suena como sirven el vino blanco en esas copas.

Hablarán de quebranto. Así camuflarán el olor a sexo.

[Segundo 2]

Reliquia de un circo itinerante, lleva correa

de plástico bañado en oro.

El plato de cartón junto al baño tiene su nombre.

Alrededor anuncios también lo llaman.

[Segundo 3]

El arte aburguesa tanto como corrompe, le dijeron.

Rompe las fibras más duras apenas llueva, le aconsejaron.

Quebró sus lamentos, los juntó todos, sin pedir permiso,

apareció después un cuerpo sin alma.

Lloró. Sedujo. Rompió y quemó sus voces tantas veces.

Pensó que al producir objetos curaría su materia o sería ejemplo.

Nihilismo desechable. Apenas se encendió la antorcha; casa ajena, ahí se puede pasar la noche.

Nadie apagó el micrófono al terminar el acto, continuó hablando tras bambalinas de su vida.

Un disfraz. Usado un día antes de su cumpleaños. Lo compró en febrero del año pasado.

Sólo ellos saben que lo usó también para su boda.

[Segundo 4]

No es lo mismo decir que alguien murió en la playa

a decir que alguien ahogó su sueño

y se vistió luego con las olas que deambulaban alrededor.

[Segundo 5]

Vende su obra. Tan pronto como puede, olvida a su madre.

Ha nacido un soldado, fiel, por cierto;

máquina de polvo sobre hojuelas, sirve al despojo;

eternidad abnegada, paradisiaca silueta se posa frente a esas estatuas;

en su masa converge miseria sin usar, lo ha visto todo,

se adorna con palos de yeso.

Contrato firmado. Herencia, por supuesto.

No obstante, buena vida.

[Segundo 6]

Poverty. Porn. Streets and sunshine. Clouds of unknowing. She told me.

They said I was the greatest.

Now they don't know who I'm.

I grew up. That stairs, it is below me. And it's raining inside.

Never forget this picture. Above all, grain and blur. This is the prelude of the palace.

All of them will pay. Meanwhile people will remember their names. I'm blue.

[Segundo 7]

Galerías por todas partes, códigos de barras en cada objeto.

Dulces condenas, fugaces ritmos,

orgasmos artificiales. Luego aplausos.

Cual instantes

bajo la arena, se deslizan las columnas

de melamina forrada.

En la pared un cuadro:

la cabeza de un venado. Decreto del artista.

Todavía no le avisan al curador. Alguien más escribirá al respecto.

45.

Sin título (Piel)

Cosificaciones de pieles
que persiguen el tiempo.
Violentan la muerte
con sus manos de palma.
Se sumergen en balas
cuya tosquedad causa vida
y pervierte las almas
de los niños que,
desde el rincón de las aulas,
escuchan y miran.

46.

Sin título (Barcos de papel)

Hace rato observé en el espejo
una mirada que no era la mía
sino la de una palabra
trémula, afana,
cuya sensual amnistía
fue originada por dos vocecitas
que, desde la distancia
compartieron una sonrisa
melancólica, vaga,
como la que hace la plaza
cuando recibe el mediodía.

Allí, en ese espejo
transparente, incompleto,
de crisol leve y umbral sempiterno
aparece siempre
un llamamiento,
un libre sollozo,
un sol taciturno.
Clima tiritante.
Paseo vagabundo.
Linterna de humo,
paisaje de polvo.
Cicatriz escarlata.
Herida enmarcada con laureles de oro.
Allí, en ese espejo,
ligero, como el cielo,
de cobijo tierno
y cariño siempre abierto al tiempo
aparece usualmente
una mirada,
un llano silencio,
una flor espontánea,

una puerta prohibida
que no es para nosotros;
que no es para alguien.
Allí, en ese espejo,
que es trinchera de lo nuevo,
aparece siempre
una nota lejana,
en un idioma qué es tan incierto.
En ese aroma a mar nos caemos,
mientras dialogamos,
viscerales,
en estos barcos de papel
que prefiguran nuestro duradero naufragio,
con sabor a soneto,
pero con forma de sutil equipaje.

47.

Chaya

Aún miro la ventisca entrar por la ventana,
correr por los grises muros del cielo.
Hay una madera quemada allí en medio,
en cuyo olor caen solemnes los sueños de todos.

(Siguen sin pasar los sonidos ni el tiempo
porque una maravilla detuvo las máquinas.
Hay escondida en la noche una llamarada cortada,
que nos cobija, tú ves, toda vez que nos sonrío desde lejos).

Miro la tarde pasear en los párpados,
como si dibujara con su tacto una carta.
Hay allí poemas escritos, con marcas de agua,
en cuyo aroma todavía nos protegemos de la fama.

(Siguen brotando las luces del suelo.
Una llamada fue hecha a Saturno.
Hay escondida una manta en el río,
misma que nos lleva, tú ves, a dónde no llega el viento).

Sigo mirando la puerta invisible,
quizás debido al acoso del insomnio.
Me resguardo en la comisura de lo triste.
Casi como si hubiera una flor que me encontrase.

(Siguen y siguen pausándose los pulsos
de un ecosistema viajando sin prisa.
Hay en su ritmo una noticia, casi prismática,
como el eco que mezcla lo real
con unos dulces tonos de guitarra
que atisban y brillan
al componerse entre la gente).

48.

Adolescencia (ft. Anaid López)

Estoy exhausto.

Una mañana me levanto,
emocionado

y grito a los cuatro vientos
lo fantástica que es la vida.

Pero al otro no despierto,
no quiero ni abrir los ojos,
tan sólo pienso yo
en la ligereza del mañana,
en su fuerza, en su desconfianza.

Estoy exhausto.

Una mañana escribo algo,
y en la otra me siento polvo.

A veces quiero soñar despierto,
soñar que nado hasta el desierto
y allí, con los ojos secos
ver cómo de pronto

todo

se apaga,

hasta evaporarse

de mi cuerpo.

49.

Sin título (El velo de plástico)

Todos los días escribo, sin querer, el mismo libro,
para luego sentarme, estoico, ante el espejo;
allí, entonces, en las cicatrices, leo
todas esas caídas y esas pausas
en cuyas llamas todavía me protejo
de la subversión del vacío.

No sé porqué insisto en traducir, por accidente, esas historias:
las de la calle, las de mis lágrimas.

No sé porque, de todos modos, insisto en escribir en el agua mi retrato.

Hoy es marzo y, sin embargo, también es junio.

Es temprano porque naturalmente soy niño. Eso me han dicho.

Pero, es tarde. El papel me dijo ayer que sólo tengo unos segundos.

Me esfumo.

50.

Ojos oxidados

Nunca encuentro las notas
que retraten hasta la última noche,
para con ellas tejer el olvido
y sonreír mientras bebemos un trago.

Nunca encuentro las olas, o las voces,
en cuya atmósfera cae lo cansado.
Quizás porque mi espejo está roto.
O porque respiro mi propio vacío
mientras, con sonidos, todavía triste me reparo.

Nunca encuentro las rimas,
con las cuales esfumar lo pasado,
porque está ahí todo lo malo, o lo vacío,
junto a los encuentros nostálgicos
y los fugitivos abrazos donde solía cobijarme.

(Nunca encuentro las manos
que me ayuden a dibujar en los mantos,
hacer dibujos de casas o de gente
que deambule en el aire, buscando consuelo).

(Hace ya rato que el camino me hiere
y me confunde.

Aunque tú estás aquí, claro,
con tus palmas de aire,
tus ojos oxidados;
con tu tacto tan cargado de algo
que me aleja del resto,
pero que me acompaña
durante este naufragio,
durante esta búsqueda del lenguaje
donde a veces me duermo).

51.

Las casas de cobre

Las casas de cobre
marchan en fila sobre la avenida.
Tienen ruedas debajo.
Parecen alfileres
pintados de azul.

52.

Hacernos famosos

Míreme usted. Mire estas ojeras.

Si le parece bien, sólo sostenga la mirada

y hágame una pregunta buena.

Yo le responderé todo sin reparo.

Pero, no siga adelante. Sólo míreme fijamente.

Somos dos silos de concreto, con sus abismos,
por donde los años suceden sin anunciarse.
Ahora no sólo cargamos heridas en nuestras manos de polvo, querida mía.
También somos las lágrimas que todavía no caen por nuestros pómulos).

54.

La salida de emergencia

Volví a ver la pequeña salida, compañero,
pero esta vez, confieso, en un rincón de la habitación.
Tenía consigo un halo invisible, según recuerdo:
blanquecina luz, como neblina, pero sin dolor.

Volví a ver la diáfana sonrisa, amigo mío, en el espejo.
Casi como si fuera un pétalo: pétreo atardecer.
Pintura que alguien dibujó en mi rostro, por accidente,
y que luego otro par desdibujó para verme arder.

Volví a ver la extraña mirada en el vacío, en el olvido,
pero esta vez, cavilo, bailando por azar con el ayer.
Da pasos de tango mientras cae la lluvia, sospecho,
pues llora en silencio, entretanto pide auxilio con su querer.

Volví a ver la pequeña salida, compañero.
Casi como un abrazo en la tormenta, con su sutil ternura.
Estaba en vuestros ojos ya cansados de la rutina,
del amor y del futuro que han viajado hasta el hoy.

Volví a ver una puerta en la negrura, amigo mío.
Cual si hubiera visto de nuevo la magia.
Utopía, creo.
Veo todavía la bala.
Todavía no entiendo de qué se trata.
Pero, mírate al espejo...
Ya no estás tú.

55.

Escribí en el traductor lo que quiero contarte

[Vuela la pérfida voz de una hoja.
Primavera sembrada en un par de ojeras.
Todavía habla en un idioma raro,
como el amor cuando golpea con sus rojos listones].

Andanzas pueblan la ciudad de la memoria.
Nadie sabe qué forma tienen.
Antes eran traducciones retóricas del lenguaje,
imposibles dobleces,
dibujos abstractos de complejas visiones.
Todavía se leen en las nubes los días;
en la primera letra de cada canto un poema.
Accidental encuentro.
Mueren las voces.
O más bien, florecen sus cuerpos en el reflejo de ese paisaje lleno de instantes.

56.

Blah

Blah, blah.

Suenan los árboles,
como si estuvieran cortándolos
con tijeras de goma.

Blah, blah,
vociferan los niños,
locos, van por la calle
mendigando suspiros.

(Repiten las frases,
las traducciones en el instructivo).

Blah, blah, blah.

Suenan las nubes,
las ciudades, los delirios.
En el mar caen nuestros dedos,
excitados al penetrar el olvido.

Blah, blah, blah.

Blah, blah, blah.

Suena el teléfono.

Se anuncia un mensaje:

El escritor no ha terminado el poema.

Prefirió suicidarse.

57.

Diseñamos un amor muerto

Al filo del lamento, los dos nos miramos, pusilánimes.

Nada ya queda de aquel amor quimérico

(instante)

donde tú y yo nos sumergimos cuando niños.

Hemos aprendido a querernos actualmente como sombras:

entre juegos de palabras en el mar de la adultez.

Eterno laberinto de paredes rojas.

Fuego líquido bajo nuestra inocente piel.

Ya nadie sabe cómo despedirse ahora.

En cierta forma, nadie está dispuesto a matar su memoria

ni a reconocerse en la cristalina batalla contra la vejez.

Es difícil sustraer del duelo las caricias.

Resignarse a caminar solo y descalzo sobre el papel;

infinita incertidumbre,

maldita vida.

El tiempo lentamente nos obliga a cortar flores.

Nosotros, al fin y al cabo, sólo observamos.

No es el amor lo que nos falta a nosotros los amantes.

El cielo es el problema.

Se hace más chico cada vez.

(Fuerza, estrella. No hay camino).

(Ojalá dejemos de usar al ayer).

58.

Al amor de mi vida (Éramos viajeros)

Y, sin embargo, también te soñé bajo el portal de la acuarela.

Tormenta en la mirada a la que te aferras.

Nunca aprendimos a querernos, los dos lo sabemos.

Tanto nos seguíamos sin quererlo,
como tanto nos herimos por querer(nos).

Y vestidos de tiempo, a veces soñábamos en quimeras.

Éramos viajeros.

Arqueólogos de universos.

Cada uno en su trinchera
cavilando poco a poco cómo cambiar el ayer.

Se ha caído el cielo en nuestra eventual alejada presencia,
aunque convergente.

Casi tierna.

Y aquí estamos ahora, dudando, naufragando,
hurgando en nuestra propia memoria, sin saber qué hacer.

Han pasado los años, no obstante.

Nuestra piel se ha vuelto frontera.

Se anidan los ocasos, las banderas,
como también las primaveras,
los finales y el recuerdo.

Por un momento, claro, hemos dejado de pensar en el mañana,
en esa poesía arrinconada en nuestras miradas suaves;
nuestro reflejo se oculta ya tras los abrazos, y tras el tacto,
desdibujado por la diáfana cotidianidad
pasea el reloj, como si fuera a despedirse de la playa;
alta marea, este barco se sumerge,
quiere regresar a cuando sólo era trazo
sobre un papel arrugado
en la cima de un librero.

Pero, ya nada lo detiene.

(Tan sólo quiero decirte que te amo.
En la ventana miro tu sonrisa.
Paisaje, hogar, lugar.
Somos pausa.
Aunque no sé si estoy listo para extrañarte toda la vida).

59.

Te mentiría

Te mentiría si te dijera que no lo he intentado,
si no hubiera puesto mi alma ante el frío.
Si tan sólo el fuego que hubo una vez
en nosotros
hubiese tenido también miedo
al frío
de nuestros corazones afanosos.

Te mentiría si te dijera que nunca he esperado,
si no llegase temprano jamás a la cita.
Sí tan sólo el folclor de nosotros,
con nuestras versiones distintas,
hubiese tenido también miedo
de soltarnos
en un abismo,
en el incendio
de la cotidianidad.

Te mentiría si te dijera que no te recuerdo,
si tus caricias no hubiesen hecho marcas
al tiempo.
Si tan sólo ese misterio,
vuelto materia
hubiese tenido también miedo
de hacernos amantes,
a pesar, de hecho,
de nuestros besos fugitivos.

Te mentiría si te dijera que nunca te he amado,
si expresara mi cariño en profundo silencio.
Sí tan sólo la bruma azulosa del cielo,
que fuera una vez la promesa
de cruzar los océanos,
hubiese tenido también miedo
de nosotros, de hecho,
con nuestros futuros inciertos.

Te mentiría si te dijera que no te he matado
cada que vuelves a dirigir tu sonrisa.
Sí tan sólo vivieras en mí ser
que se eriza,
vivirías a su vez en un magín crispado,
que también tiene miedo
y que te revive toda vez que, sin más,
se hace trizas.

Te mentiría si te dijera que no me he matado
y revivido cada que lloro.
Sí tan sólo una lágrima que despiden mis ojos,
cayendo al vacío,
hubiese tenido también miedo
de encontrarnos
unidos,
aferrados,
a la tempestad de lo eterno.

Te mentiría si te dijera que nunca te he escrito,
con una pluma invisible,
con un tacto celoso
en la piel oculta detrás de un suspiro.
Te digo,
si tan sólo el sudor de mis hombros
hubiese tenido también miedo
de dejarte tendida
en una cama de oro,
que más bien es de polvo.

Te mentiría si te dijera que nunca he vivido,
si me olvidará de hablar con poesía.
Sí tan sólo tus ojos mirarán el día,
y con esa mirada,
llena de miedo,
consolasen un paisaje
con sus historias
y mitos,
repleto de espinas.

Te mentiría si te dijera que yo te he mentido,
usado las palabras más hermosas
por decir una frase.
Si tan sólo al leer un poema
con sus propios razonamientos,
hubiera yo tenido también miedo
(miedo)
de decir que te amo
aunque, con toda seguridad,
no fuese escuchado.

60.

80/100 (ft. Uriel Ramos)

Vuela la mezclanza de un filo sordo.
En las mañanas se deshace, se perturba.
Vuela de nuevo por las tardes.
Se refugia bajo la palma,
bajo la *llama* de un triste eco,
junto a la sombra del otro,
donde perdidamente se disfraz.

Vuela la *añoranza* de una sonrisa
que se difumina frente a la plaza.
Se prende.
Resucita.
Y al final se contempla,
muerta pero viva,
cansada pero poblada,
tiritante y seria, casi ensimismada,
llena de heridas y rotas palabras
de sueños latentes,
de irrisorias pisadas
que la *gente* admira.

Vuela, sin querer, pero vuela, maravillada.
En las mañanas se deshace, se perturba.
Vuela de nuevo entre nubes grisáceas,
cuyo color se confunde
con unos ojos azules
que él quiere como suyos.

Cántico *efímero*.
Se quiebra.
Se deconstruye.
Se mutila, toda vez que dibuja su frío
en esos pasos lumínicos,
donde una vez se enamoró de ella,
de la *posibilidad* de comenzar de cero:

una nueva vida
que todavía no alcanza a ser.

61.

D (ft. Leslie González)

Ojalá escribir fuera fácil,
nunca llega la inspiración a la alcoba.
Siempre tiene uno que detenerse, atisbarse,
pararse en ese techo de diáfano y cruel borde,
bajar la mirada a donde hay polvo
y allí sentir que el destino lo carcome.

Lo carcome, en realidad, desconocer aquel filo
qué es tan vago como agónico.

La tarea del escritor es dolorosa,
sobre todo cuando está estoico ante la nada,
pensando si dar un paso hacia su muerte,
o retroceder, quizás, y contar sólo su vértigo,
o esconder bajo la alfombra su memoria,
preferir decir nada
por pena,
por la duda.

62.

Sin título (Boceto para canción de amor juvenil I)

Para esta noche faltan tus cantos,
para mi alma todas tus caricias,
en la mañana un suspiro claro
que regocije este viento fuerte.

Estoy aquí, al par de las estrellas
emulando al loco, escribiendo
versos que se miran sobre soles,
cartas que se toman bajo la luna.

Amor mío, dibujante alegre,
déjame escribir tu sagaz nombre
y quizá, escribir el mío, quizá
tomar tu mano, y cruzar el río.

El ventarrón fresco de las montañas
roza mis dudas y mis penas tristes.
Acaba por invitarme a decirte
que a esta noche faltan tus cantos
y a mi mañana una palabra, o dos.

63.

Sin título (Quiero entender)

Quiero entender lo que mi corazón dice,
decir que yo la amo, decir que estoy perdido
porque la primavera llega
y el amor cae, como pasto al rocío.

Quiero escuchar el canto de las aves al salir del nido,
escuchar su voz, susurrar su oído,
susurrar que yo la quiero
gritar que yo le quise.

Quiero entender lo que mi corazón calla,
porque hoy vivo difuso,
enamorado de ella.
Apaciguado por su aroma a miel,
que enciende.

Con el brillo de sus ojos fijos
que me miran iluminados,
con el color carmín de sus dulces labios
que besan, apasionados.

Grandiosa confusión;
el tiempo pasa, y me he enamorado
de su inmaculada sonrisa,
de su esplendorosa mirada.

Y es que, quiero entender lo que mi corazón dice,
lo que el sentimiento traza,
decir que aun la quiero
y que mi pensamiento calla.

Quiero sentir lo que el amor siente,
quiero dibujar ese ser, de nombre Cupido;
dibujar que yo la amo
y decir, que aún le escribo.

64.

Sin título (Del corazón a la mano)

Quiero escribir algo de dentro, del corazón a la mano,
escribir sobre gazanias, fornios y cerezos,
tomar palabras de un texto que leo pobre en silencio
y recitarle poesía a la persona que amo.

Me gustaría decir a mis amigos que lloro callado,
que el mundo rueda y yo pienso en su nombre,
que aun cuando lo enigmático alimenta mi ego
su mirada sagaz, todavía de misterio, llega y me impone.

Quiero escribir la posible verdad que incurre con pena,
decir a los cielos cuanto la quiero y cuanto le odio.
Cuanto es mi odio que se funde con calma
en lo profundo del poema
para refutar mi caída ante su inmensa presencia
que brilla cual oro.

Pudiese pensar en su aroma que a cielo huele;
aquella esencia que reniega mis trazos de lápiz, carbón y acuarela;
analizar aún más las letras que escribo cuando pienso en mi
a través de ella
hasta encontrar una palabra que le defina
entre instantes.

Pudiese dibujar taciturno la escritura que enamora a los vientos,
escribir sobre gazanias, margaritas y cerezos;
tomar mis apuntes sobre columnas, costumbres, sombras y templos,
y compararle formalmente con su pura existencia que rebosa los aires.

Quiero escribir desde dentro, de la mente a la mano,
escribir sobre calles, edificios y casas.

Quiero discutir sobre romance una tarde de octubre
y acabar, por la noche, repitiendo las mismas canciones que me robé anteriormente
para encontrar el amor
en los ojos de alguien.

(La brisa se plasma en el cuarto donde sucumben las musas.
Escriben lentamente cuanto me agrada su aura y su risa canela;
que me agobia su ser que no cae a mi hipnosis y que resiste cual piedra;
Quién diría que la luna tiene escrito su nombre).

Quiero escribir desde dentro, del corazón a la mano, a otra mano;
escribir, por ejemplo: «convírteme como el papel hace al cisne».
Quiero rozar el agua del lago que proyecté con calma en invierno
y culminar el poema con la frase: «aunque aquí me quedo, de amor yo no muero».

65.

Sin título (De la muerte)

Espacio inconexo de dos segundos
en cuyo oleaje pasa la vida de un alma.
Nadie te entiende,
y al mismo tiempo todos te llaman.

Eres bucle.

Eres retrato.

Amantes oteando, en la caricia playera, un instante romántico
que no sucede.

Y entonces llega el baile.

Paso en falso.

Frase titubeante.

Un universo.

Efímero placer como registro de algo;

líquido;

fragmento:

viaje que sólo tiene como testigo un recuerdo.

Se desvanece.

Todos dicen que eres desgracia,
cuando en realidad eres mirada.

Tatuaje en la vista que habla

de amor,

de miedo,

y al final

de nada.

66.

Sin título (Boceto para canción de amor juvenil II)

Pudiese ser su intrigante calma la que rebosa el aire y prende fuego,
en donde el agua y la luna revisten de gala las letras que escribo.

Pudiese ser ella el enunciado directo, con el que el romance vuela,
diciendo, por ejemplo: «no sólo es amor, sino algo más que simple arena».

Pudiese ser la tarde susurrando, con el mismo son del violín y el piano.
O la emoción que revive cuando su voz dulce suena a bocajarro.

Pudiese decir, aunque escribiendo, cuanto la quiero y cuanto le temo,
o decirle, tal vez, que dentro de un jardín a ella le admiran todas las rosas.

Pudiese decirle el amor que inundan sus distraídos y callados luceros
desde donde miran la hosca tempestad de un diáfano instante.

Pudiese ser mi inexorable calma con la que dedico historias,
o su intensa aura que hipnotiza mis letras con que le canto ahora.

No bastarían las auroras que hacen sentirla inefable.

Ni con la noche que, estrellada, traduce su aroma en el aire buscando consuelo.

Pudiese, entonces, decir *in situ* cuanto he anhelado por llegar a verla,
aun cuando la pregunta se pronuncie como: «¿por qué escribirle poesía a quien pudiera
serla?».

67.

Sin título (Lira)

¿Qué digo cuando digo que te quiero?

Que si te quiero tanto y tanto como digo...

La verdad es que te amo, tu eres testigo.

Tú y tus abismos, todas esas fronteras, esos mapas que compartes.

Y a veces cuando digo que te quiero en realidad no es lo que exclamo.

Lo que digo es que amo también esas miradas llenas de duda, de tristeza,

donde a veces se recuestan las flores

para tomar aire y problematizar la vida.

¿Qué digo entonces cuando te digo que te quiero?

Qué si digo que vuelo con tus abrazos, tus anhelos.

Nunca te digo que lo cierto es que despierto, sueño, camino con tus gestos.

La lluvia se hace océano contigo, a veces floto

en medio de un río a la mitad de un bosque vuelo

veo la magnitud del mundo;

cabaña, hogar, hojarasca, trinchera;

compañeros de naufragio, tiempo desconocido. También somos eso:

un abrazo, un beso, un silencio

para resistir el ruido. Es decir, ya no importa el caos en los adentros.

Basta con que nuestras miradas se crucen entretanto dormimos

cada cual es su hogar lejano,

y tejernos tal vez, bajo la luz de una farola en un parque cualquiera

sólo como subterfugio para descubrir la urbe.

Te digo que te adoro, te admiro tanto,

aún cuando no estás de alguna forma estás presente,

a veces como luz, a veces como sombra,

a veces sólo construyendo auroras,

a veces simplemente como aroma a verdad.

Te amo. No es casualidad. Y sin temores lo comparto.

La vida es para quien se despoja del recuerdo, tu lo dijiste;

usar el amor como arma para así acariciar al tiempo.

Un momento.

Construir de la nada.

Y entonces la pausa, pensar en el mañana...

Sentados tú y yo,

sólo sonreír...

Como cuando uno mira la majestuosidad del paisaje
en una mirada ajena.

En otras palabras, te amo. Y eso es lo que digo
cuando digo que te quiero.

No por pena. No por audacia.

Porque cuando te digo que te quiero, lo que quiero decir
es: «gracias».

Gracias por traerme aquí.

68.

Onomatopeya

Dificultad, corazón.

Se nos ha agotado el tiempo.

Intrínseco diálogo nocturno:

el amor como quimera

en nuestra alcoba

que nos aguarda

para despedirse.

Compasión, pasión, bifurcación.

La vida

se busca

entre la gente.

Luego el entierro, el infierno,

morir como sinónimo de espera.

El accidente de seguir sin saber a dónde.

Parece que sonreímos dos segundos

al ver la noche.

Ninguno sabe porque se incendian

las calles

de la periferia.

Empezamos de nuevo.

Y ahora con caminos nuevos ninguno llora su recuerdo

sin saber por qué.

69.

Güeto (ft. Anaid López)

Castillo de arena, bruma del desierto.

Muro de acero que divide los lamentos.

En ti me despierto.

Yuxtaposición de lo prohibido, azar y corolario.

Pantalla del mañana, clave de lo arduo.

Gueto del lenguaje, corazón frío cual manto.

Así es cómo hablamos.

Apuntes a lápiz, lectura de pieles.

Beso de azúcar,

su recuerdo sobrellevando las andanzas.

Retrato ausente de la noche, noche prismática que duerme.

Gota de miel.

Efímera locura. El rostro de una piedra que camina.

Y su mirada que me mira

mientras la miro mirarme.

(Azar y corolario).

Tempestad de lo incólume, composición de lo contrario.

Camino que da al cielo: nube azul, palma blanca.

Espejo que cubre de lo triste.

Se construye en el paisaje una ventana;

palacio de cristal, cosmos a mano dibujado.

Herida flotando sin querer en el atisbo.

Sinrazón contemplándose profunda, complicada.

Caricia que se siente al escuchar la voz de la tormenta.

Lluvia tensa la que anuncia el obituario: azar y corolario.

Mensaje cuyo refugio se desdobra con el tacto.

Libro indescriptible, llamada pasajera.

Pintura al óleo de una tarde, una vida, una semana.

Melodía en solitario bajo el fuego.

Perfume de jardines, perfil de mapas traicioneros.

Poesía invisible, cuadro de un linaje sordo y temerario.

Descubrimiento de lo enraizado, lo pasado, lo sombreado.

Coincidencia del amor que amasa lo preciso.

Máscara de lo que es roto y lo que es apretujado.

Raíz digital que vuela por el cuarto enfurecida, pero que vuelve siempre al origen
dónde alguna vez tejó su sonrisa.

(Azar y corolario).

Palabras que aparecen en la cueva cuál santuario.

Cajón dónde se esconden las cartas transparentes.

Accidente planeado, escultura de lo tierno, pasaje.

Puerto de madera donde el tiempo guarda los restos de un imperio.

Ciudad bajo la playa, vestigio del desierto.

Fachada de un paisaje, portada de un intento.

Gueto del lenguaje que solloza cuando escribe.

Así es como nos quisimos.

Así es como nos queremos.

(Azar y corolario).

(Castillo de arrecifes, memorias en el viento).

70.

Toda alma en este mundo está quebrada

Mínima.

Cómo ha sido la vida estos años.

Tengo tantos recuerdos, pero no tiempo para recordar.

Dichosa esta vida, claro.

Abstracción y ruido.

Apartarse de todo.

Luego la imposibilidad de amar y ser amado;

primero está el trabajo, luego está el trabajar.

Vida desperdiciada

sobre el eco del agua.

Azul claro.

Hemos sepultado a la lluvia

y su herencia,

y todavía tenemos su sangre

dentro del cajón,

junto a la ropa limpia.

71.

Final (ft. Carolina Navarrete)

Habla la imagen
desnuda en la ventana
como una trinchera
dónde se sobreponen
los mismos paisajes rotos.

Habla la tormenta
acorazada bajo la pálpabra
ensimismada, tierna, cálida.
(Dice que me calle).

Hablan los ojos de las voces
haciendo eco en la memoria.
Habla el reloj.
Habla lo roto.
Habla el recuento de una vida.
Hablan las almas
por medio de lo otro
en su papel de raras sombras.

Habla la alegría.
Habla el silencio
todavía enterrado y frío
como una casa
donde todo es transparente.
Habla el final.
Habla el inicio.
Habla el equipaje.
Habla nuestro cariño
con sus manos de tezontle,
con su risa acristalada,
con su piel llena de agua,
como un suspiro
que es revolución
y también es desmemoria.

72.

Cual caballo en una alberca olímpica

Por mi sombra caminan finísimas crestas barrocas.

En la tarde vi que le salió una mano a una de esas;

apenas torcida se movía suavemente

con cierta firmeza.

Les cobraré a ellos para que puedan verla de cerca

antes de que se marchite encima de la computadora.

73.

Sin título (Pensar en poemas sin hacer poesía)

Pienso en frases, cotilleos y poesía.

Vivo la oscuridad con ahínco y con dolor;
sucumbo al ver mi herida en la ventana, a la orilla,
pensando en la muerte de noche y de día.

Pienso en jugar al amor bajo estrellas,
en jugar a ser villano más que ser héroe,
en cortar las flores viejas del parque
y pegarlas en un fondo blanco o celeste,
sobre luces estroboscópicas.

Pienso en cariño y roce de pieles.
Quito palabras a frases que antes hacía.
Resumo el vacío paisaje en colores pasteles
y vivo la noche, pensando en oscuridad
y en poesía
porque así entiendo yo.

74.

Sin título (Final-Alternativo)

El silencio que el amor conlleva al horizonte en turno,
y la emoción, que me sigue, sin corazón alguno
por las mismas calles.

Ya han mutilado su existencia al escribir de él.

El amor, inmaculado, se resiste,
entre sus corolas,
solapado
cae tras el telón;
y mi vida que me comparte instantes,
compro flores
para ofrendarle.

Ya han mutilado mi existencia al escribir de él.

75.

Sin título (Improvisación)

Seré yo el cobijo que arroje tu piel cuando tiembles de frío. Quien te acompañe cuando caminas entre el rubor de la noche. Tus pasos descalzos, tu consejero de andanzas. Seré yo el grito de aurora ante el espejo que arde. El miedo contenido en la cama vacía y tus alas apenas te canses del vuelo. Seré yo el hombro que aguante lo que tu cuerpo no pueda. La palabra escrita al borde del diario. Serpiente o escalera al final del camino. Seré yo tu fiel camarada, aire y cenote, entre toda guerrilla, sin importar la bandera. Quien cubra tu espalda cuando vayas de frente. Seré yo quien te recuerde, querida, entre esos vaivenes de la vida y la muerte, que además de ser bella también eres fuerte.

76.

Sin título

Atrapados en un bucle de recuerdos y distancias,
sin querer nos dividimos,
sin haberlo advertido,
sin poder plantar cara.
Y sin atisbar el horizonte,
nos hemos vuelto sombras taciturnas,
que miran desde lejos
con una pizca de nostalgia,
con un aroma a desidia
entre una luz espesa y blanca
donde todos gritan
buscando algo más.

76.

Te espero en Chabacano

Entendí, sin embargo, a qué sabe el volver
porque en realidad no me fui a ningún lado,
sólo me atrapó la solidez del agua,
puso mi voz
en el fondo
cuando le pedí ayuda.

Me llama la atención esa presencia,
el vacío allí como ofrenda ignota.
La escenografía inmóvil, nocturna, la asfixia,
paisaje como laberinto
envuelto de plástico burbuja
sobre la arena caliente.

Pasea solitario el organismo,
como recordando
su imagen borrosa.
Muralla de sombras alrededor,
se ven pálidas.

Resulta que salí, naufragué, me perdí
pero, apenas me di cuenta.
Alguien me dijo que olvidé incluso quien era,
que confundí mi nombre.
Entonces me acompañaba la ausencia,
las metáforas compiladas de la luz neón
que envuelven al cuerpo
como la ruina que entrelaza las partes de un todo.

También entendí, con el tiempo, mi estructura:
enlaces de polvo y mar con sabor a tierra.
Quizá ellos tengan razón, al fin y al cabo:
soy solamente un personaje de barro,
historia de promesas y posibilidades
sobre un fuego venenoso.

Siguió corriendo la película,
la pantalla rota en mis palmas.
Apachurrada estuvo la palabra mientras tanto,
presa ella de una espiral difusa
que casi me quita la vida
convenciendome de cerrar los ojos
entre las leves cortinas del parque.

77.

V-V-V (ft. *Valentine Valentine*)

Tuve de nuevo esa súbita *sensación*.

Cómo si caminara descalza sobre carrizos y arena

a la orilla de un mar helado. Escucho el tronido, el viento que hace bailar al follaje
mientras los pájaros se alejan en dirección contraria.

Quizá es un espejismo. Escuché eso

antes de cerrar los ojos y suspirar aquel día.

Sólo sentí la brisa un instante. Después, una espesa calma dentro

bañando los cristalizados rincones de un cuerpo ígneo

a punto de traducirse en espera.

Aún me queda ese recuerdo, no obstante: una piedra encima

de un trozo de lámina oxidada junto a la cama

y yo con mi vestido blanco, la *mirada* encharcada, y la lluvia

haciendo siluetas al fondo.

(Pero, ya no cuento más las horas que pasan).

Ahora acaricio las olas; las guardo; las abrazo, las contemplo como mi propia figura
balanceándose entre capas de tragedias acumuladas.

Se hunden ya mis pies, por ejemplo, en el *cielo* reflejado por la textura del agua,
y se mueven, también danzan, cual si recordarán haber deambulado entre nubes
en una vida anterior.

Pareciera que mi imagen fuera la oquedad diurna de ese paisaje remoto,

apenas encendido por la contradicción que deja la niebla

luego de transformar al *sol* de bestia llameante en *hoja* de papel

que se desliza

cómo pronunciando un presagio

que sólo yo puedo conjurar (en voz alta).

78.

Hipo

Sin embargo, cómo siempre, por supuesto, mejor dicho.

Cómo te digo, pues, que me dijo lo que él le dijo, o al revés.

79.

Final-final

Compuse un poema sin saber que era una copia de otro.

Quizá fue involuntario.

Pero, ¿cómo saberlo?

Así es el amor.

80.

Si tienes ganas

Si tienes ganas de irte de aquí, sólo hazlo.

Echale la culpa a este texto, claro.

Ellos no sabrán qué ha sucedido. Sucedió tan rápido.

Y ambos habremos ganado al final.